

**Primer Premio Cuento**  
Categoría Familiar (año 2000)  
Autora: Laura Vallespir  
Seudónimo: "Atreyu"

# Claroscuro

Si era yo en el espejo,  
¿quién me miraba?

Mañana será el día más hermoso de mi doble vida. Tras una existencia tan mediocre como infeliz, donde se hizo todo al gusto de otros sin llegar jamás a complacerlos, no es raro que cualquiera piense en su muerte como en un paraíso. Su muerte, mi muerte, qué bien suena. Suya, mía, inexpropiable. Lo único que no podrán llevarse ellos que tanto me robaron. Pero por favor, no me confundan con cualquiera. No hago esto con el único fin del alivio; lo mío, es mucho más complejo. Quedan ahora pocos detalles y algunos quizá no imprescindibles, pero cuando un artista descubre que lo que crece entre sus manos no sabe de límites, no conoce el tiempo, debe evitar la más mínima falla por insignificante que ésta sea. Tampoco yo puedo entonces permitir una minúscula mancha de polvo en la claridad latiente de mi alma. Y digo alma, no por creer en un dios, simplemente por sentir que algo de mí sobrevivirá a la victoria.

Sueño dos puertas iguales. Inmensamente quietas se juntan cortándome el paso. Cómplices en sus curvas, paralelas sus rectas, exacto el marrón sombrío que disfraza la madera. Con idéntico ruido detienen el viento que ha ido gastando lenta y simétricamente cada una de ellas. Las mismas manchas de humedad, los mismos huecos dibujan textuales figuras y es el polvo, alojándose premeditadamente en todos sus rincones, quien logra volverlas completamente indistinguibles. Mis ojos comparten aterrados la cruel imagen, que por perfecta, llega a ser inhumana. Pobres mis ojos, que fueron hechos para ver, son los primeros en dejarse engañar. Y no los culpo, sería injusto juzgarlos. ¿No era el diablo acaso, un ángel más? ¿No existen lobos con piel de cordero? Tantos veces confundimos cielo e inferno, tantas veces creemos. Miro las malditas puertas y aunque no quiero abrirlas, lo hago. Siempre, contra mi voluntad, las abro. Y es todo tan oscuro y desolado, es tan grande la nada

detrás de una de ellas, que vuelve hermoso el otro recinto llenándolo de luz y vida. Yo quiero sentir la belleza, poder tocarla, y sin embargo, camino despacio hacia la puerta equivocada. Pese a la angustia avanzo, entro en la nada, soy la nada. Entonces despierto. Y lo odio y me odio porque su perfección radica en mis carencias, igual que la luz existe frente a la oscuridad; porque no hay buenos sin malos, porque no hay sonido sin silencio, va a estar solo, va a sentir lo que yo siento. Voy a fluir en su sangre que no me es desconocida. Voy a estar tan vivo en él, que él estará muerto.

A veces, aunque los sentimientos son claros y precisos y esté completamente seguro de ellos necesito que alguien más los comprenda. Pero se hace cuesta arriba y podría incluso decir sin temor a equivocarme, que se trata tan sólo de una utopía. Es el eterno castigo del hombre: precisar desesperadamente ser comprendido y nunca lograrlo. Incluso dos personas atravesando exactamente la misma situación, en el mismo momento, no llegan jamás a sentir lo que el otro siente. Y en este momento, a pesar de estar seguro de que no pueden entenderme, preciso al menos que sepan. Por eso con ustedes voy a hacer una excepción dejándolos entrar en mi mente. Sé que no verán lo que yo vi, que no escucharán lo mismo; la objetividad, si acaso existe, se pierde dentro del hombre. Probemos, es sencillo si se quiere. Cierren los ojos despacio, sin forzarlos, para centrarse en algo es preciso estar relajado. La oscuridad que los rodea es real. Ya es de noche y todas las arañas del corredor están apagadas. Sólo un tenue haz de luz escapa por una de las puertas, recordando una silueta que no llega a definirse. De a poco van apareciendo otras figuras, no se asusten, no es magia, tan sólo sus ojos acostumbrándose a la oscuridad hasta convertirla en penumbra. Se puede ver un sillón, un mue-

ble grande que podría ser un aparador o algo similar y un par de cuadros. Y si prestan mucha atención podrán oír el murmullo, que atravesando la puerta se pierde gradualmente en el largo corredor. Miren sólo la puerta y olviden el resto, no hay nada más. Sólo la puerta y el murmullo son voces, voz de mujer, y la silueta es un niño sentado, soy yo.

–Estoy cansada, eso es todo.

–Hay que tenerle paciencia, si todavía es un niño.

–Pero no es un niño normal y vos lo sabés tan bien como yo mamá. No es normal. El hermano tiene amigos, juega, le va bien en el colegio, es educado, y él, él pasa el día encerrado en el cuarto leyendo, y encima vos le regalás libros, entonces claro, él cree que está bien. No puede ser mamá, no puede ser. Tiene ocho años y sigue en primero. A ese paso, cuando él termine la escuela el hermano ya va a estar recibido, vamos.

–Tal vez necesite más apoyo, tal vez...

–¿Más apoyo? ¿Más apoyo? Claro, si ahora la culpa es mía. Hice todo por él y su padre, en paz descanse, también. Yo sé que a veces le pegaba y a vos no te gusta eso, pero bien que le sirvió. Si no, si era por él, no hubiese empezado a caminar nunca. Cuando el hermano gateaba él no sabía sentarse, y para que hablara, otro martirio, seis meses después habló y hasta llegamos a pensar que era mudo. Y claro, el padre se desgastó. No es que yo diga que él tenga la culpa del cáncer, no, pero bueno, no fue fácil para nadie.

–...una bruja hermosa y un pirata honrado, todas estas cosas había una vez cuando yo soñaba un mundo al revés, todas estas cosas había una vez...

–De bebé ya empezó con problemas, que el sol le hacía mal porque tenía piel delicada, que la comida especial porque si no se brotaba, ni correr podía con el asma, pero él, claro, ni se daba por enterado y más de una vez tuvimos que salir corriendo y dejarlo todo para llevarlo al hospital porque se aho-

gaba. Después el problema de los dientes, el aparato y por si fuera poco ahora los lentes. Y sí, era obvio, es como si lo hiciera a propósito, todo el día con la cara pegada al libro, y mirá que yo le digo, pero él a mí no me escucha, no hay caso. Hasta el parto fue complicado, José nació enseguida, y después, nada, no salía. Un dolor, un sufrimiento, como si no quisiera nacer, y al final, qué querés que te diga, si no quería nacer hubiese sido mejor para todos que no naciera.

—...érase una vez un lobito bueno al que maltrataban todos los corderos y había también un príncipe malo, una bruja hermosa y un...

Ruido de pasos buscando la puerta, el niño corre, se esconde detrás del aparador y espera.

Los ojos redondos y oscuros, conteniendo la respiración, espera. Una mujer flaca, desvaída, de unos cuarenta años entorna la puerta.

—Lo único que faltaba mamá, que me echés de tu cuarto por decir la verdad. Si vos supieras lo mal que le hace a José saber que no es tu preferido.

Cierra la puerta de un golpe, paseando los ojos por el corredor como si no conociera el camino. El piso es de parquet, un tono claro haciendo juego con los marcos. Hay varios jarrones, alguno de ellos con flores y dos grandes espejos enfrentados juegan eternamente a reflejarse. Mueve la cabeza desaprobando, tratando de convencerse, cierra un instante los ojos y rápidamente desaparece. El suspiro del niño rompe el silencio, seguido por sus pasos. Abre la puerta y la cierra tras él, despacio, con suma delicadeza como si fuera a romperse.

—¿Qué hacés acá vos? Vení, sentate.

Una señora mayor, de aspecto desmejorado, palmea la colcha azul que cubre su cuerpo. El niño se acerca y se sienta a su lado.

—¿Qué te dijo la abuela de escuchar conversaciones ajenas atrás de la puerta?

Sus ojos se ponen rojos y se esfuerzan por no dejar escapar la más pequeña lágrima. Levanta los hombros mirando el piso mientras sus manos juegan nerviosas.

—Ey, príncipe. No te pongas así, no le voy a contar a tu madre, es un secreto. Además, cuando un niño escucha conversaciones de mayores no entiende de qué se habla, confunde las cosas ¿entendés?, y puede ponerse triste.

Asiente con la cabeza, la mira y sonrío. Pero no es la sonrisa de un niño sino la de un anciano; una persona que añora el tiempo pasado.

—Contame un cuento.

—No, ya es tarde y alguien que yo conozco

debería estar durmiendo.

—Por favor, dale, el del príncipe.

—Bueno, el del príncipe. Había una vez un niño muy pero muy fuerte y valiente. Ese niño era nada más y nada menos que un príncipe, igual que vos. Pero aunque tenía todos los juguetes del mundo y tomaba helados todos los días, el príncipe estaba triste. ¿Y por qué el príncipe estaba triste?

—Porque no tenía nombre!!

—Muy bien, porque no tenía nombre. Le había preguntado a todos los sirvientes del palacio, uno por uno, día tras día, pero ni siquiera los más viejos podían recordarlo. Tan triste estaba el príncipe, que una noche decidió marcharse. Quería recorrer el reino para encontrar su nombre porque estaba seguro de que el muy pícaro se había escondido en alguna parte.

Cierra los ojos y los abre, tiene mucha sed, es largo el camino y está cansado, vuelve a cerrarlos, y allí, muy lejos de su castillo, casi no escucha, encuentra un sabio, cada uno de nosotros, cada ser, por insignificante que sea tiene el derecho y el deber de elegir cómo y cuándo quiere morir, el príncipe camina mucho, se acuesta a dormir bajo los árboles.

—...y entonces la maga, viéndolo tan triste, le dice al príncipe: te dormiste otra vez!! Me estoy poniendo vieja y mis cuentos ya no son divertidos como antes, pero bueno, vamos, vamos que es tarde.

Sacude su cabello castaño con mucha dulzura, lo mira, sacude su brazo.

—Vamos!!

Abro los ojos sobresaltado. Mirarla me tranquiliza, es la persona más apacible que conozco, su mirada es serena. Le doy un beso y me pide que la abrace, murmura en mi oído, dice que está vieja, que va a descansar, no llores me pide, los príncipes no lloran, te voy a extrañar mucho y me vas a extrañar, pero no llores, no vale la pena llorar.

No crean que busco su aprobación, no, hasta me animaría a decir que preferiría no tenerla. Es la primera y última decisión realmente mía. Es única, como un tesoro encajonado en una caja hermética, opaca, sin un solo hueco por el cual ellos consigan mirar su interior. Al principio, el cuento de mi abuela era como cualquier otro cuento, simplemente, me gustaba. La noche que se despidió fue la última vez que la vi; la velaron a cajón cerrado, una vieja costumbre familiar. Ella eligió morir y me lo dijo. Quería que comprendiera que no se trataba de un cuento sino de un secreto que me estaba regalando. No se ofendan si les hablo trabajando, porque como les dije antes, faltan algunos detalles. Seleccioné unas diez fotos. Fotos

comunes, de la familia, su casamiento con María, algún cumpleaños. En todas estamos los dos, o más precisamente, estábamos. Me tomé la delicadeza de recortarlo en cada una de ellas con mucha paciencia y cuidado, un trabajo verdaderamente exquisito. Pero no en todas falta él. En dos de ellas, en las cuales incluso a mí me costó reconocernos, recorté mi silueta, ¿no es fantástico? Ahora debo pegarlas en la pared y distribuirlas como cuadros en una galería. A mejor ubicación, mejor impresión. Vendrá a buscarme en su auto igual que cada domingo, no hay necesidad de ir separados, gastar el doble de nafta y así nos vemos, charlamos un rato. Así que ya ven; paseamos todos juntos los domingos en su Mercedes para comer en casa de mi madre, en familia. Pero mañana es distinto, cumplimos cincuenta años. Hay una fiesta en su honor de las que hacen las grandes empresas para gerentes y clientes importantes, pero él pidió por su hermano, una fiesta para los dos. Quiere llevarme a ese horrendo lugar, lleno de gente importante hablando cosas importantes para hacer lo mismo de siempre: resaltar gracias al contraste. Pero lamentablemente hermanito, no voy a poder asistir. Mañana es un día especial, mi día. Bien, voy terminando. Es hermoso y si no fuera por una cuestión de espacio sería un calco. Los mismos muebles, las mismas cortinas, la alfombra, idéntico. Mucho más pequeño, eso sí. En tan sólo seis días logré reproducir su cuarto ¿qué les parece? Claro, no puedo mentirles, comencé a comprar los muebles uno por uno y los fui guardando en el depósito hace ya, veamos, casi dos meses. Estos últimos días los empleé en empapelar el cuarto, colocar la moquette y pintar la puerta y todos los marcos. En fin, soy un artista. Pero un artista responsable, eso sí. Esto de dejar las cosas para último momento no me agrada en lo más mínimo, pero poco podía hacer; el domingo pasado vino a buscarme. Podría haber fingido estar enfermo, ya sé, pero prefiero las cosas así, siguiendo su curso normal, sin forzarlas. Tengo también el mismo pijama que usa él, igual de gastado. Se preguntarán cómo hice, es lógico. Hace dos años le regalé uno insinuando no haber visto jamás el cuadro colgado, y no estrenaste la camisa ni el pantalón, ninguno de mis regalos. Estoy seguro que desde entonces lo usa, lo conozco como la palma de su mano. Es un razonamiento sencillo; no lo ven sus amigos, sólo María, y es una forma fácil de lavar su conciencia. Un hombre de negocios debe estar bien con dios y con el diablo. Y el toque final, el que completa la escena es la cicatriz. De niño él se cortó la pera con un cuchillo, no muy profundo, pero sí lo sufi-

ciente para dejar una marca. El lunes de noche hice lo mismo. Claro está que no es igual, se ve que es reciente y no un accidente de años, pero a golpe de vista no va a notarlo. Él tiene llave de abajo porque el portero eléctrico hace tiempo se niega a ser intermediario. Siempre llega a eso de las once, sube, golpea, y le abro. Pasa y tomamos una copa mientras charlamos. Es un pequeño ritual aunque en realidad, es él que habla y yo escucho, te escuché tantos años, siempre esperando. Y ni siquiera esa cualidad supieron reconocerme ellos. He sido paciente, hermano. Lo único que lamento es no poder ver tu cara al entrar y encontrarte con tu cuarto, verte en tu cama, muerto. Claro que va a saber que soy yo, ya lo sé, pero lo importante es el momento, ese segundo en que él es el muerto. Ah, vendería mi alma al diablo por verlo. Va a ser tan grande su odio, igual al mío, y no me digan que no es genial conseguir en un instante lo que a ellos les llevó tanto tiempo. Aprovechen ahora para apreciar mi obra de arte. Voy a apagar la luz y descansar; voy a soñar esta vez, lo que quiero.

Un ruido continuo y molesto, un sueño, que ya no es un sueño. El despertador o el teléfono. Prender la luz es sólo un reflejo. Está tan claro afuera que cualquiera diría que está amaneciendo. Pero es imposible, la muerte es oscura, tiene que serlo y el ruido, ese ruido, la muerte es silencio. No entiendo qué pasa y pienso, pienso tantas cosas pero si pienso estoy vivo, el ruido, tengo que estar muerto, el ruido, mierda de teléfono. María gritando tu hermano José, es tu hermano, si ya sé que es mi hermano, no sé qué pasó estaba tan bien, su llanto retumba en mi cabeza, me duele, no lo pudieron salvar, no pudieron hacer nada, fue un infarto, un infarto, sos el primero que llamo no sabía a quién llamar, un infarto, se acostó tan contento, la fiesta ¿sabés?, mi infarto, y hay que avisarle a tu madre porque a la mierda con mi madre. Mi infarto. Ese hijo de puta me había robado todo, y ahora, también la muerte. Cómo no lo entendí, cómo no lo vi antes. Mi sangre y su sangre, su cuerpo y mi cuerpo se funden de nuevo, como siempre, como el espejo, nos miramos sin mirarnos, nos hablamos sin saberlo. Por qué ella no me dijo que esto iba a pasar, por qué me ocultó la verdad. Pero, pero entonces de qué me preocupó, por qué estoy sufriendo si soy yo, solo, rompiendo el espejo, mirando caer los pequeños cristales que llevan su imagen tan lejos. Y después dicen que romper un espejo trae siete años de mala suerte. Qué absurdo el ser humano, creer tantas idioteces. Pero esto hay que celebrarlo, ya no puedo ser tan

malo si no existe lo perfecto y esto, vaya si merece un festejo! Prender un cigarro, servirme dos copas de vino, aquel vino importado ¿brindamos? Brindo por nosotros, por vos, por tu vida llena de logros, por tu hermano. ¿Sabías que ibas a morir? ¿Lo habías pensado? No, qué vas a pensarlo vos, qué vas a pensarlo si siempre tuviste todo, fuiste el centro de todos y te sorprendió mi muerte sin pena ni gloria, durmiendo, como a cualquier desgraciado. Pero no, si nunca pensó en su muerte, si nunca eligió su muerte me está condenando. No voy a morirme nunca, me está obligando a vivir por siempre, siempre esperando, y peor aún, si él sabía la verdad y me reservó una muerte lenta, dolorosa, morir ahogado o quemado, y si ya tengo cáncer, como mi padre, si quiere que muera igual que mi padre, se podría estar vengando. No crean que estoy loco, no ustedes, si hubiesen conocido a mi hermano. Era frío y calculador, perfecto, nunca le hubiese pasado lo que a mí, no habría fallado. No puedo vivir así, incluso sin su presencia, no puedo vivir, a ver, el auto, sí, el auto. Nunca quise suicidarme, sólo hacer uso de un derecho que me fue otorgado, pero ahora qué me queda si ellos ganaron. Esperé tanto tiempo para mostrarles que yo también soy perfecto, quería mostrarles y qué me encuentro, siempre mi hermano primero, e incluso después de muerto sigue dentro de mí, despedazando lo poco que queda intacto, terminando su trabajo. Las llaves, me voy a ir lejos de ellos, de sus pedidos y sus reclamos, de mis promesas y mis fracasos, de un mundo inútil y rápido, la escalera, la puerta, muy pronto voy a estar lejos, el auto.

Tanta luz está abriendo mis ojos. Parpadeo aturdido tratando en vano de moverme pues ya no tengo control sobre mi cuerpo; sólo mis ojos, que pesan tanto. Ante ellos se forma una imagen confusa, clara. Una de esas claridades cegantes que impiden distinguir completa-

mente las figuras. Se acerca blanca, despacio, casi flotando, y es tan rubio su pelo, tan pálida su piel, que no puedo evitar que me lastime su brillo. Cierro de nuevo los ojos, pesados. Su mano acaricia las mías, lo sé aunque no lo siento. Está ahí, cerca, llenándome de paz como si fuera un ángel. ¿Seré yo también un ángel? Yo, que nunca creí en dios, que nunca miré el cielo sin otra intención que deleitarme con su color, con sus estrellas. Y si estoy en el cielo es porque existe el infierno, para él existe el infierno. No puedo evitar ser feliz y disfrutar su desgracia, saber que se hizo justicia, que no fue en vano sufrir destrozando el alma, que no fue en vano vivir cada pesadilla. Necesito que mis ojos se acostumbren a esta luz para mirar tanta belleza, deseo como en el sueño poder tocarla, saber que no está prohibido. Me siento bien, oigo su voz, dulce y pausada, como una melodía serena recordándome algo de la infancia, como un susurro perfecto que se transforma misteriosa e inevitablemente en un rugido desahuciado, angustiante, en un aullido desgarrador encargado de recordarme.

-Sí doctor, es realmente un milagro pero pudimos salvarlo. Es como si alguien o algo no quisiera que él muriese. Al menos, no todavía. ❖



“Una vez más... (II)”. Dr. Hugo Ariel Lago Peña (Premio CASMU)